

www.puntodelectura.com

MARY W. SHELLEY

Frankenstein

punto de lectura



Título: Frankenstein

Título original: *Frankenstein*

© De la traducción: Manuel Serrat Crespo, 1981

© Del prólogo: Jesús Ferrero

© De esta edición: octubre 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2213-3

Depósito legal: B-38.441-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Txomin Arrieta

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

MARY W. SHELLEY

Frankenstein

Traducción y presentación
de Manuel Serrat Crespo

Prólogo

De novela mitológica a novela mítica

En la historia de la mitología y la literatura occidentales, *Frankenstein* conforma un capítulo más de una larga historia en la que se concreta un fantasma muy antiguo: el de la maternidad masculina, expresión de la envidia que sentiría el hombre de las virtudes procreadoras de la mujer y que en términos psicoanalíticos sería el equivalente masculino a la femenina y freudiana envidia del pene.

Ya desde la mitología griega, observamos dos tipos de procreación: la carnal derivada de la cópula, y la artificial, que no necesita cópula porque la creación en cuestión no pasa por el vientre de la hembra, no toca carne, toca otra materia: por ejemplo el metal.

Estas dos formas de creación, que con tanta claridad supo definir y descodificar Nicole Loraux, son inseparables de la feminidad y la masculinidad, e inseparables de su lucha, pero de las dos, sólo una es un engendro puramente ideológico: me refiero a la que intenta «demostrar» que también el hombre puede ser madre en términos reales, es decir: físicos.

Hefaiostos fue el creador de varias criaturas de metal que se comportaban como perfectos criados y que representaban algo así como la esclavitud ideal: eran con todo

rigor autómatas y, en relación a ellos, Hefaiostos era más una madre que un «hacedor». ¿Tenían alma esos androides? A veces parecía que sí, si bien solía tratarse de un alma fría y cruel. Un buen ejemplo es el gigante de bronce articulado que, según un mito, protegía la ciudad de Creta dando vueltas por la noche en torno a sus murallas.

El gigante tenía por costumbre introducirse en una hoguera hasta quedarse al rojo, y de esa manera abrazaba a sus enemigos, mientras estallaba en risas sardónicas. Esas risas le salían evidentemente del alma y eran casi humanas. Seguro que Aquiles, que era un semidios, se reía también así.

De igual manera abundaban en la antigua Grecia los casos de estatuas vivientes o estatuas que cobraban vida y que, a pesar de su naturaleza pétreo, sentían y padecían desenfundadas pasiones que solían tener como víctimas a seres de carne y hueso. Eran *golems* de piedra y sus caricias podían ser más peligrosas que las de las esfinges (seres que, como el mismo Frankenstein, estaban hechos con piezas de diferente naturaleza, proceder que en nuestra cultura siempre ha estado vinculado a la monstruosidad con mayor rigor que en Oriente).

Lo híbrido era para los griegos lo monstruoso. ¿Para nosotros también? La esfinge, el basilisco, el grifo, eran seres híbridos, y justamente por eso eran monstruosos, como lo era el tirano (todo un problema para la filosofía política griega) al ser un híbrido entre el hombre y la bestia.

Como vemos, la hibridez de la criatura concebida por el doctor Frankenstein es bastante completa. Por una parte padece la hibridez derivada de su naturaleza

plural, al haber sido creado a partir de varios cadáveres, y por otra parte padece la hibridez del tirano, aunque no lo sea (ese atributo le corresponde más a su creador), por resultar una mezcla entre el hombre y la bestia.

Pero además de padecer esa hibridez duplicada, Frankenstein es una creación masculina de la que la mujer está rigurosamente excluida. La insistencia en esta exclusión (el doctor parece mucho más interesado por el monstruo que por su novia) es una de las claves más trágicas de la novela.

Los antecesores más evidentes de Frankenstein, al margen de los hombres metálicos de los griegos y de los andróides de la Edad Media, son el mito judío del *gólem* y la leyenda española del hombre de palo.

Tanto la criatura de barro creada por el rabino de Praga como el autómeta concebido con Juanelo Turriano anticipan actitudes que más tarde van a ser propias de Frankenstein. Su torpeza manual, por ejemplo, y su hibridez fundamental, a medio camino entre el autómeta y el animal vagamente racional.

Como personaje literario, la fortuna de Frankenstein ha sido evidente y, en contra de lo que se cree, el cine no le ha favorecido, pues divulgó desde el principio una imagen muy empobrecida del personaje, que en parte negaba al de la novela, y que en realidad lo enterraba. De modo que bien puede decirse que *Frankenstein* es una novela que se ha salvado a pesar del cine y no gracias a él.

Hablamos de personaje literario, pero en realidad tendríamos que hablar de personaje mítico, pues *Frankenstein* ha llegado, con el correr del tiempo, a convertirse

en lo máximo en que se puede convertir una novela: en un mito.

Cuando de pronto una novela desborda el sistema de su propia ficción y su protagonista cobra una vida que está mucho más allá de él, entonces el personaje pasa de la literatura a la mitología, y se convierte en un *mythos*, en una referencia común y compartida (y hasta hace posible una cierta comunión).

Es evidente que mucha gente ha comulgado y comulga con *Frankenstein*, y es evidente que ven en él una imagen de la condición humana. Ya sólo por eso, la novela merece un enorme respeto.

Frankenstein es una historia muy rica en contradicciones, de ahí que estalle en las manos de cuantos se acercan a ella y por eso supone una continua caja de sorpresas para el lector ordinario y para el investigador.

Mientras vamos recorriendo sus páginas, vemos que Frankenstein (el monstruo) es una creación masculina, de naturaleza tosca y a la vez capaz de una ternura infinita y de una infinita soledad. Es un hijo de un científico y de los cadáveres que sirvieron para configurarlo, lo que viene a ser lo mismo que decir que es hijo de la ambición, de la muerte, del pecado, y al mismo tiempo es profundamente inocente, habría que decir rousseauiano, y su aprendizaje de la maldad va a ser lo mismo que su iniciación a la humanidad.

Una criatura así va a tener muchos problemas. El primero va a ser el derivado de su diferencia. Si todos los que le rodean son hijos de la muerte tanto como de la vida, él lo va a ser más. Se puede pensar (como piensan los budistas) que tras toda vida hay un montón de cadáveres,

un montón de muerte. En el caso de la criatura concebida por el doctor Frankenstein eso es evidente: su materia es materia cadavérica. Otro de sus problemas va a ser de índole moral en parte, y en parte de índole semántico. La criatura concebida por el doctor no entiende la ambivalencia, la ambigüedad, el doble sentido que caracteriza la condición humana: su doble moral, que es prohibición y que a la vez es incitación, que es negación y que a la vez es afirmación. Pero no captar el doble sentido es no llegar al estado humano, que también podría llamarse el estado ambiguo y hasta el estado fronterizo entre el bien y el mal.

Por descontado que la criatura acabará entendiendo la ambigüedad en la que se mueve la especie humana, pero ya para entonces será un pozo de melancolía imposible de llenar: un alma de una desolación tan inmensa que sólo va a hallar consuelo en el país de los hielos, que para los griegos fue el país de los dioses.

Jesús Ferrero

Presentación

La herencia de un siglo

El siglo XVIII, «el siglo de las luces», del racionalismo a ultranza, el siglo que combatió la superstición y divinizó la ciencia, ha muerto por fin. Los hombres han salido de él más frustrados, reprimidos e inexplicables que nunca. El hombre, «el ser racional compuesto de etcétera...», echa una mirada a su alrededor y no entiende nada, sólo sabe que sufre.

Habrán de transcurrir todavía muchos años para que Freud escriba una de sus más estremecedoras frases, «la felicidad no es un valor cultural», pero a medida que la «civilización» avanza el hombre se siente cada vez más alejado de sí mismo y experimenta en su propia carne aquella «infelicidad» que el médico austríaco creía patrimonio del progreso. Encerrado en las estrechas fronteras de una razón utilitaria y conformista, hecha a la medida de una burguesía que ve consolidar sus posiciones y que mide las conquistas humanas usando el patrón de su bolsillo, oprimido por todo tipo de convenciones sociales, religiosas o morales, el hombre siente cómo en su interior sigue abierto el pozo, cada vez más profundo, de la insatisfacción y el desasosiego.

Y la rebelión estalla. La juventud, nacida con el reciente siglo XIX en el seno de las mejores familias, enarbo-la la bandera de lo irracional y se lanza a la creación de una de las reacciones vitales que más fecunda ha sido en el campo artístico y literario. De la ciencia esclerotizada y la mezquina razón dieciochesca nacen el monstruo idealista, los suicidios precoces y el culto al *mal*, a las más oscuras tendencias humanas, que informan el *romanticismo*.

¿Un paso atrás en el devenir histórico? Aquellos sa-pientes y barbudos individuos dedicados con furor a la tarea de ordenar, clasificar y legalizarlo todo, aquellos sacrificados mártires de la ciencia empeñados en encontrar explicaciones racionales a todos los fenómenos y, por un perfecto mecanismo de defensa, en negar, ridicu-lizar o tachar de fantástico o inexistente lo que escapaba a su comprensión; aquellos severos moralistas que se re-focilaron en una bacanal de leyes y códigos, divinos o hu-manos, dan paso a una generación que escupe su despre-cio por las reglas, que maldice la «normalidad» y «las buenas costumbres», lanzándose con pasión a explorar lo insólito, lo irracional y lo increíble.

Pasión *versus* razón. ¿Es ésta la disyuntiva? Tal vez, pero, en todo caso, *razón que engendra pasión*, porque el hombre, «el ser racional», descubre que han convertido su cerebro en una cárcel.

Ciertamente, el tránsito del siglo XVIII al XIX es, al mismo tiempo, un paso de lo real a lo fantástico, de lo deducido a lo imaginado, de lo pensado a lo sentido, porque el hombre comienza a experimentar en sí mismo que *lo real, lo deducido y lo pensado* pueden ser, en resumidas cuentas, unas magníficas orejeras que le fuercen a mirar

en una sola dirección, en la más conveniente—¿para quién?—, mientras le impiden la visión de regiones imprescindibles, sus propias regiones, los oscuros recovecos de su espíritu (¿por qué no decir *espíritu*?) que un largo periodo de tabúes y restricciones ha ido poblando de telarañas y *monstruos*.

Naturalmente no es así en todos los estratos sociales; la burguesía en esplendor asienta sus privilegios sobre un proletariado sin posibles romanticismos. Las hermosas ideas, las rebeliones estéticas y literarias, precisan el fecundo abono de un estómago bien cebado y la revolución obrera tiene objetivos mucho más primarios. Carlos Marx no puede ser Lord Byron, Marat y Sade nunca llegaron a encontrarse pese a que ambos estaban luchando por el mismo hombre. Frente al héroe romántico, ávido de aventuras insólitas, hambriento de *mal* como suprema libertad, existe el proletario de la «revolución industrial», ávido de pan, hambriento en el más estricto sentido del vocablo.

Frente al Vampiro de Polidori se levantan los vampiros de las fábricas, los comercios y las bancas. Los monstruos revisten sus levitas de buen paño y sus colmillos no crecen empujados por el deseo de sangre, como máximo admiten la elegante remoción de un recubrimiento dorado.

Al llegar aquí, todo se confunde y debemos cerrar el libro de lo sobrenatural. Sí, Goya estaba en lo cierto y «el sueño de la razón produce monstruos» porque, liberados de la vigilancia de su dormido carcelero, los monstruos abandonan los secretos rincones de nuestra humanidad para, fugazmente, dejarse entrever; pero, y esto

Goya no lo dijo aunque sus magníficos pinceles lo expresaron muy claramente, los monstruos más terroríficos, los únicos *verdaderamente* terroríficos, son los que crea, despierta y bien despierta, esta razón ridícula y estrecha que siglos de cuidadosa castración han ido depositando sobre nuestras espaldas.

Enfrentada con la terrible realidad de su tiempo, no hay duda de que la rebelión romántica fue una rebelión de «señoritos», pero en su protesta —tan honesta que les lleva a menudo, al suicidio—, en su avidez de mal e, incluso, en su *dandysmo* (de claras reminiscencias satánicas) existe un germen de verdadera vida, de auténtico cambio, que no debe ser despreciado.

Razón y pasión, realidad e imaginación son los dos términos antitéticos de una dialéctica todavía en vigor: «*L'imagination au pouvoir*» (la imaginación al poder), exigía un cartel mural durante la revolución de mayo en París. Y los monstruos tienen algo que decir en esta dialéctica, esos monstruos que se cargan de las más oscuras potencias humanas, esos monstruos que —los jóvenes románticos lo intuyeron y Freud lo descubrió más tarde— todos nosotros llevamos dentro.

Mister Godwin crea un monstruo

William Godwin —el gruñón abuelito del doctor Frankenstein— era un hombre de su tiempo. Nacido cuando el siglo XVIII estaba en todo su apogeo (1756), su vida, asombrosamente contradictoria, posee la semilla de aquella fuerza que desembocará en la hoguera romántica.

El socialismo es un ideal naciente —un hermoso ideal lleno de palabras, de sueños y de utopías— muy alejado todavía del «materialismo dialéctico», del «socialismo científico» que Carlos Marx elaboraría un siglo más tarde y Godwin —hijo de un predicador protestante y pastor él mismo— se lanza, movido por sus lecturas y, sobre todo, por la conmoción íntima que le produjo la Revolución Francesa, al difícil camino de regenerar con sus palabras una sociedad que no era de su gusto. Para ello tuvo que abandonar su ministerio, pero eso no le importa: la fe calvinista heredada de su padre se ha derrumbado bajo los embates poderosos de Rousseau, Mably y Helvetius.

En 1793, Godwin, en el apogeo de una gloria y una influencia conseguidas gracias a sus avanzadas ideas «izquierdistas», publica *An enquiry concerning political justice and its influence on general virtue and happiness*¹, donde su socialismo se revela primo hermano de un anarquismo encendido, lo que le vale los ataques furibundos de sus enemigos², pero le granjea la simpatía de la juventud universitaria. Tres poetas, Southey, Coleridge y Wordsworth, proyectan en 1794 partir hacia el nuevo continente, la dorada tierra americana, para realizar en alguno de sus rincones la sociedad godwiniana. El socialismo y la poesía, el romanticismo y la justicia social, descubren que sus caminos se cruzan y vuelven a cruzarse; la

¹ «Una investigación sobre la justicia, la política y su influencia en la virtud y la felicidad general.»

² Malthus escribe para combatirle su célebre *Essay on the Principle of Population*.

nueva sociedad, la libertad humana, son metas caras a los teóricos del socialismo utópico (también, naturalmente, al anarquizante Godwin) y chispas que encienden los ardores románticos.

Shelley, cuya íntima relación con Godwin veremos más adelante, plasma en encendidos versos las ideas de *An enquiry concerning...* La poesía de *Hellas* y *Prometheus Unbound* (*Prometeo desencadenado*) encuentra su inspiración en una prosaica investigación sobre la justicia política.³

Pero la honestidad intelectual es una ardua tarea en una sociedad como la inglesa —como la occidental— tan preñada de convencionalismos e hipocresías, tan rígidamente dominada por el principio de la «respetabilidad» burguesa y la moral aristocrática. William Godwin, ya lo hemos dicho, es un hombre de su tiempo (educado, por añadidura, en las severas reglas de comportamiento calvinistas) y sus ideas, que tan ardorosamente expone de palabra o con la pluma en la mano, encuentran la horma de su zapato cuando se ven obligadas a superar la teoría para ser puestas en práctica.

¿Cómo hacer coincidir la *respectable* relación con una mujer *honesta* y el desprecio al matrimonio que brilla en sus escritos? La tentación es demasiado fuerte para poder resistirla y Godwin, el encendido anarquista, el detractor

³ Recordemos al respecto que *Frankenstein* lleva como subtítulo la frase: *El moderno Prometeo*. Prometeo, la rebeldía del hombre contra lo que le oprime (sean dioses o tabúes, códigos o policía), es una idea —¿una pasión?— que no abandonará al romanticismo. No es una coincidencia que la revista de André Breton se llamara *El surrealismo al servicio de la revolución*.

de cualquier autoridad y cualquier vínculo, el hombre que, pese a su utopismo, tiene como lema la frase: «*Man is a rational being*» («El hombre es un ser racional»), comete la suprema sinrazón, se casa en secreto con Mary Wollstonecraft pese a su teórica oposición al matrimonio y su desprecio por los convencionalismos sociales.

Sin embargo, esta contradicción no hace sino reflejar otra más profunda, mucho más profunda, que aletea en toda su obra. La libertad godwiniana, su curioso anarquismo, oprime al hombre más que liberarlo. Como afirma Henry Avon en *L'Anarchisme*⁴: «No es al individuo total a quien Godwin libera de sus ataduras, sino al individuo en la medida que personifica *la razón*; un individuo, por lo tanto, que *reprime* sus instintos y se *somete*, por ende, al dictado de la razón».

¡Un anarquismo racionalista!, *cosas veredes, Mío Cid, que farán hablar las piedras*. El siglo XVIII y el XIX combaten en el interior de un hombre y, tanto su obra como aquellos que le rodean, serán víctimas de esta lucha. Él mismo no podrá nunca superarla y morirá (¡como modesto empleado del Estado!) despreciado y en la soledad.

El doctor Frankenstein tuvo un curioso abuelito. Se parecían tanto el uno al otro que es imposible dejar de observar su parentesco; incluso en su lucha interna, en el combate íntimo de sus respectivos espíritus —libertad contra convención, progreso contra tradición, prejuicio

⁴ Publicada por Presses Universitaires de France en la colección *Que sais je?*

contra afán de redimir a la humanidad—, el doctor Frankenstein y mister William Godwin se asemejan.

Tan sólo el monstruo les separa, tan sólo falta la víctima. ¿Falta en realidad?

De su secreto y negador matrimonio con Mary Wollstonecraft, el exaltado pensador tuvo una hija que (¡no faltaba más!) se llamó como su madre.

Mary, la joven Mary, fue algo más afortunada que el engendro de Frankenstein. Como mínimo tenía un nombre.

Pero, como el monstruo que ella más tarde engendraría, la hija de William Godwin fue lanzada al mundo por un ser que la hizo a su imagen y semejanza (al menos en cuanto a sus creencias y pensamientos) para luego, cuando su obra actuó, cuando su obra cobró vida propia, renunciar, negar en la práctica aquellos presupuestos que habían ayudado a engendrarla y expulsarla de su lado. El monstruo tuvo, en esto, más fortuna que Mary; su creador no intentó beneficiarse de él, no intentó vivir a su costa.

Una noche en Ginebra

Dejemos transcurrir los años. Es de noche, algo muy importante cuando de monstruos se trata, la noche del 15 de junio de 1816, y en villa Diodati, situada en los alrededores de Ginebra, está teniendo lugar una curiosa (e importante para nuestra historia) reunión.

Alrededor de los troncos ardientes, unos jóvenes, aburridos porque el mal tiempo les impide gozar de sus

vacaciones, se cuentan, para entretener el ocio, consejas terroríficas del folklore alemán. Espíritus aulladores, aparecidos y fantasmas pueblan el aire y, aun sin querer, los reunidos sienten que, en ocasiones, un estremecimiento les recorre.

Lo sobrenatural, lo insólito, parece haberse apoderado del ambiente y esto no puede menos que gustar a los jóvenes narradores. Todos forman parte de esa juventud distinguida —¡hasta hay un «lord» entre ellos!— que se rebela contra el racionalismo, todos ellos son románticos, héroes románticos, *artistas románticos*. Son los prototipos que inspiraron a Baudelaire sus poemas, sus angustias y sus pasiones. Algunos dejarán su huella de fuego y mal, de vida y aventura, en la historia y la literatura.

Serán monstruos, *monstruos sagrados* (con perdón), que llenarán páginas y páginas con la reproducción de sus obras y con los estudios a ellos dedicados.

Allí está Lord Byron, el diabólico, de quien Barrés escribió que «su cerebro, formidable, superior, dicen, al de Cuvier, era una masa horrible puesta en ebullición por el alcohol, el opio, cierta tara física y todos los abusos destructivos: *una cloaca*. Tenía una emotividad formidable, una personalidad extraordinaria para todas las fuerzas con que la vida nos conmueve. Hizo sufrir, torturó a todo el mundo a su alrededor pero supo expresar las ideas más nobles y ser naturalmente sensible a ellas»⁵. Lord Byron, cuyo genio satánico es el más representativo ejemplo de la vocación romántica, que se adentra en

⁵ Citado por Bergamín en sus *Fronteras infernales de la poesía*.

los abismos del mal, que se introduce en las bases más oscuras e inexplicables de la humanidad, buscando una libertad que sólo obtendrá con el conocimiento de sí mismo, por el *entero* conocimiento de sí mismo, y que, sorprendentemente, coincide con el mal en todo lo que éste tiene de vida, de movimiento, frente a la quietud y la muerte de una sociedad *comme il faut*. Coincide con el mal en su liberación de las pasiones y los instintos, en su busca del placer, puesto que en estas pasiones, instintos y placeres se halla la antítesis, todo lo contrario, de aquella sociedad estructurada, monolítica, moral y rígida que les aleja cada vez más de su realización, de su felicidad; la antítesis de aquella sociedad en la que *la felicidad no es un valor cultural*.

Allí está también Shelley, el hombre que hace poesía con las ideas sociales de Godwin y que, junto con Byron, llenará un brillante capítulo de las letras británicas, e, inquieto, nervioso, admirando y odiando, torturado por el joven y disoluto «lord» al que sirve de secretario, está John William Polidori, padre de los vampiros literarios, tan semejantes, según parece, al propio Byron.

Con ellos una mujer, la amante de Shelley —luego será su esposa—, en cuyo rostro encontramos los rasgos de un contradictorio anarquista inglés. Una mujer que, por ser consecuente con sus ideas y las de su padre, ha sido repudiada por éste; una mujer que no puede entrar en casa de su progenitor, de William Godwin, porque éste, con su social-anarquismo, con su amor a la libertad y su desprecio por la moral y los prejuicios, le ha prohibido la entrada en nombre de la *honorabilidad*, la *respetabilidad* y todos los convencionalismos de una ética victoriana.

Con ellos Mary, que comienza a ser fecundada por el germen diabólico que la preñará de Frankenstein, piensa en su padre, repasa una a una las ofensas y decepciones que de él ha recibido. Aquellos ideales que supo despertar en ella son, para él, simples palabras; la realidad es muy otra. Godwin, el detractor del matrimonio, se ha casado (por dos veces) en secreto. Godwin, el hombre que maldecía todos los vínculos conyugales, expulsa de su casa a la hija que —siguiendo sus ideas— vive con un hombre al que ama sin ligarse a él en matrimonio. Y, además, intenta medrar a expensas del amante.

Mary, aquella noche, en Ginebra, concibe un doctor que se parece a su padre. Concibe un monstruo sin nombre que muy bien hubiera podido llamarse Mary.

¿Cuentos terroríficos alemanes? ¿Ectoplasmas surgidos ya de otras bocas? Demasiado corriente para un grupo como el de villa Diodati. Ellos crearán sus propios monstruos. La decisión está tomada.

Es una apuesta.

El teológico doctor Frankenstein

Pero cuando Mary Shelley hubo vencido a sus románticos compañeros y su cuento estuvo ya listo, la autora quiere hacer algunas precisiones. «A medida que la obra iba tomando forma —dice—, otros motivos fueron añadiéndose a los iniciales.»

Otros motivos fueron añadiéndose a los iniciales... En efecto, dejando al margen las consideraciones sobre la calidad literaria de *Frankenstein*, aspecto este que ha

motivado juicios contradictorios⁶, la novela tiene un conjunto de detalles y sugerencias suficientes para demostrar que la ambición de la Shelley no fue, tan sólo, escribir un cuento terrorífico.

El monstruo ha nacido y su creador, horrorizado por el espantoso aspecto del ser que ha salido de sus manos, huye del laboratorio donde el cadavérico ensamblaje comienza a cobrar vida, *es* ya algo que piensa y siente. Su deseo de contribuir al progreso humano, tan semejante al del compañero de sus últimos momentos, el capitán Robert Walton, su infinita fe en la ciencia se ha disipado en un instante; ahora el doctor Frankenstein, arrepentido y aterrorizado, maldice el momento en que se le ocurrió suplantar a Dios para que de sus manos saliera una criatura humana. El cuadro está completo y los miopes pueden lanzar al aire sus gritos escandalizados: El *Frankenstein* de Mary Shelley es una novela *reaccionaria* en la que la ciencia cae, al final, en un final moralizante, vencida por el castigo divino al orgullo y la soberbia humanos.

Seamos justos, la apreciación es simplista, sin duda alguna, superficial pero no injustificada. Está todavía

⁶ El novelista Walter Scott —contemporáneo de Mary Shelley— escribió en el *Blackwood's Edinburgh Magazine*: «Es, a mi entender, un mérito notable que la novela esté escrita en un inglés simple y directo, desprovisto de los germanismos habituales en este tipo de historias».

Por el contrario, Michel Boujout, ha opinado que «la redacción de la novela desfallece a menudo, su construcción, pueril y apresurada, adolece de excesivas repeticiones y de lentitud». (Citado por Jacques Bergier en el prólogo a la edición francesa —*Marabout*— de *Frankenstein*.)

muy reciente el tiempo en que argumentos semejantes eran utilizados (¿lo son todavía?) como moraleja aleccionadora para fundamentar historias torpes y ridículas⁷.

Sin embargo, el supuesto carácter reaccionario de la novela de Mary Shelley proviene de una falta de penetración sintomática. ¿Una moraleja *edificante* en la pluma de una mujer que se mueve en el círculo byroniano? ¿Un romanticismo predicador del conformismo humano? No nos detengamos tan pronto, adentrémonos en la novela para darnos cuenta de que su único protagonista es el monstruo; esto no podía ser de otro modo, puesto que es en la horrible criatura donde su autora se refleja en principio. En la terrible odisea del ser inocente y cándido, lleno de amor, que desde su nacimiento se encuentra con el rechazo de quien le ha creado, en la aventura desoladora que supone un gesto de simpatía y de afecto —un gesto puro y natural— cuando éste produce horror, podemos seguir la historia de las relaciones entre Mary Shelley y Mr. William Godwin.

¿Es esto todo? ¿La frustración de un complejo de Edipo? Pudo serlo, como mínimo; pero cuando la corriente

⁷ Hay que reconocer el papel predominante que en tal apreciación juegan las adaptaciones cinematográficas que a lo largo de su historia ha sufrido el *Frankenstein*, adaptaciones que, como tantas otras veces, deforman y mutilan la figura del doctor y de su engendro. De cualquier forma, y para terminar de una vez con el «reaccionarismo» de *Frankenstein*, recordemos que las últimas palabras del doctor, antes de su muerte, desautorizan los consejos conservadores que acaba de dirigir a Walton y concluye: «No tengo derecho a hablarle así. Es posible que, allí donde yo fracasé, otro logre alzarse con el triunfo».

eléctrica dota de alma al rompecabezas hecho de cadáveres, éste hace algo más que huir del laboratorio para buscar su vida, comienza a moverse también en la bullente imaginación de su autora, hasta salir de los cauces que le habían sido asignados (*otros motivos fueron añadiéndose a los iniciales...*).

La relación de una criatura con su creador ofrece demasiadas sugerencias como para que éstas puedan pasar inadvertidas; Dios está allí y, con Él, la mística del *mal*. La misma autora nos lo insinúa en el prólogo de su obra, «no debe —escribe— extraerse de estas páginas ninguna conclusión *que pueda perjudicar cualquier doctrina filosófica*» (el subrayado es mío). No seamos ingenuos, también Baudelaire tuvo que defender sus *Flores del Mal* y Panizza su *Concilio de Amor*; ambas obras están ahí, existen y no deben preocuparnos demasiado los ardides de que se valieran sus autores para frustrar la labor de jueces y censores.

El odio que el monstruo siente despertar dentro de sí, la persecución y muerte de su creador, tienen muchos paralelos en la literatura romántica. El *Maldoror* de Lautréamont lucha y vence a la divinidad. En *Moby Dick*, del norteamericano Herman Melville, el capitán Achab persigue con saña satánica a una extraña (y teológica) ballena blanca.

Es la muerte de Dios lo que se busca, la muerte de un Dios inflexible en sus designios, que puede dominar al hombre porque éste cree que sólo de Él depende su felicidad.

La muerte de Dios, el principio de toda libertad, pero también el *mal* perfecto, redondo, acabado. El MAL insuperable. La muerte de Dios, el sueño más digno de un héroe romántico.

¿Y luego? Luego ya no importa; Dios ha muerto, el hombre ha terminado su misión. Pero su *requiescat in pace* es un canto encendido de victoria; sin Dios, el hombre, que no fue dueño de su nacimiento, será, por fin, el único propietario de su muerte y, en consecuencia, el único dueño de su vida.

Prometeo ha vuelto a robar el fuego divino pero esta vez el hurto tiene carácter definitivo.

El juego se ha hecho; no va más: Byron muere a los treinta y seis años luchando por la liberación de los griegos. Polidori se suicida a los veintiséis. Shelley se ahoga, a los treinta, en el golfo de La Spezzia. Villa Diodati ha quedado desierta, sólo sus fantasmas llegan a nosotros.

¡Bienvenidos!

El juego se ha hecho y un héroe romántico no puede morir en la cama. Es dueño de su muerte y elige la hora; sólo esta convicción liberará su vida. Y cuando lo ha hecho, cuando el ajusticiamiento de Dios le sume en la libertad definitiva, entona su canto satánico a la vida:

«Pronto se extinguirá el fuego que me atormenta. Ascenderé, triunfante, a mi pira y exultaré de júbilo en la tortura de las llamas. Lentamente su brillo se irá apagando y el viento esparcerá mis cenizas por el mar.»

Blake tenía razón: el cielo y el infierno se han unido en matrimonio. Y el monstruo, muerto Frankenstein, se pierde entre los témpanos helados.

Ha cumplido.

Barcelona, marzo 1969

Manuel Serrat Crespo

Frankenstein

Prólogo

El hecho que fundamenta esta narración imaginaria ha sido considerado por el doctor Darwin* y por otros escritores científicos alemanes como perteneciente, hasta cierto punto, al campo de lo posible. No deseo que pueda creerse que me adhiero, por completo, a esta hipótesis; sin embargo, al basar mi narración sobre este punto de partida no pienso haber creado, tan sólo, un encadenamiento de hechos terroríficos concernientes por entero al orden sobrenatural.

El acontecimiento que da interés a esta historia no tiene las desventajas inherentes a las narraciones que tratan de espíritus o magia. Me sedujo por lo nuevo de las situaciones que podía llegar a provocar, puesto que, si bien es físicamente imposible, otorga a la imaginación la posibilidad de adentrarse en las pasiones humanas con más comprensión y autoridad de las que ofrece el simple relato de hechos estrictamente reales.

* Mary W. Shelley hace referencia al doctor Erasmus Darwin, excéntrico investigador y abuelo del famoso Carlos Darwin, autor de *El origen de las especies* e iniciador de las teorías evolucionistas. (N. del T.)

Me esforcé, pues, en conservar su adecuación a los principios elementales de la naturaleza humana; no dudé, sin embargo, cuando se trató de crear innovaciones en las posibles síntesis que admitieran tales principios. Esta norma se halla ya en la *Ilíada*, el poema épico de la antigua Grecia, en *La tempestad* y *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare y, con más claridad todavía, en *El paraíso perdido*, de Milton. No es, por lo tanto, excesiva presunción, ni siquiera para un humilde novelista que sólo desea distraer al lector o conseguir una satisfacción personal, emplear en sus escritos una licencia o, mejor, una regla que ha hecho surgir las páginas más bellas de la poesía y sublimes combinaciones de afectos humanos.

El fundamento de mi relato me fue sugerido por una simple conversación. Comencé a escribir tanto para distraerme como porque me brindaba un medio de ejercitar las posibilidades que albergaba mi espíritu. Pero, a medida que la obra iba tomando forma, otros motivos fueron añadiéndose a los iniciales. No me es de ninguna manera indiferente la reacción del lector frente a las creencias morales que expresan mis personajes. No obstante, mi primera preocupación en este campo ha sido evitar los perniciosos efectos de las novelas actuales y presentar la bondad del amor familiar, así como las excelencias de la virtud universal. Las opiniones de los protagonistas vienen influidas, es lógico, por su carácter particular y por la situación en que se hallan; no han de ser consideradas por lo tanto como las mías propias. Del mismo modo no debe extraerse de estas páginas ninguna conclusión que pueda llegar a perjudicar doctrina filosófica alguna.

La autora ha puesto gran interés en la redacción de esta novela, ya que comenzó a escribirla en el escenario grandioso donde tiene lugar la parte más importante de la acción y, por añadidura, en unión de compañeros a los que le sería muy difícil olvidar.

En efecto, pasé el verano de 1816 en los alrededores de Ginebra. La estación fue fría y lluviosa aquel año y, nosotros nos reuníamos noche tras noche en torno al hogar donde ardía un gran fuego de leños, divirtiéndonos en relatarnos, unos a otros, historias alemanas de espíritus y fantasmas, que habíamos aprendido en nuestras correrías. Estos cuentos nos sugirieron la idea de escribir algunos por nuestra cuenta con el mero fin de distraernos.

Dos amigos —uno de los cuales ha escrito, ciertamente, una historia mucho más digna de agradar al público que todo lo que pueda imaginar mi cerebro— y yo misma decidimos, por lo tanto, escribir cada uno una historia basada en manifestaciones de lo sobrenatural.

Pero el tiempo mejoró súbitamente y mis amigos me abandonaron para emprender una gira por los Alpes. Los magníficos panoramas que se ofrecían a sus ojos pronto les hicieron olvidar el menor atisbo de sus evocaciones espectrales. Esta narración es, por ende, la única que ha logrado verse terminada*.

Marlow, septiembre 1817

* Ciertamente, cuando Mary W. Shelley redactó este prólogo, sus palabras podían considerarse ciertas. Pero dos años más tarde —1819— aparece *The Vampire*, de John William Polodori —atribuida inicialmente a Lord Byron—, otra de las historias que se gestaron en las veladas nocturnas de Villa Diodati. (*N. del T.*)

Primera carta

A la señora de Saville. Inglaterra.

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...

Te alegrará saber que ningún contratiempo ha ensombrecido el inicio de la aventura acerca de la que tú abrigabas tan negros presagios.

Llegué ayer y mi primer deseo es tranquilizar a mi querida hermana y expresarle que mi confianza en el éxito del proyecto es cada vez mayor.

Estoy ya muy al norte de Londres, y paseando por las calles de San Petersburgo siento cómo sopla sobre mi rostro un aire gélido que vivifica mis nervios y me llena de satisfacción. ¿No es cierto que comprendes lo que experimento? Esta brisa, procedente de las regiones hacia las que me dirijo, me trae el aliento de su clima glacial. Arrulladas por este viento agorero, las esperanzas que albergo son ya más palpables y fervientes. Quiero inútilmente convencerme de que el polo es un paraje frío y desolado, pero, una vez tras otra, aparece en mi imaginación como un lugar lleno de hermosura y delicias. Allí, Margaret, jamás se pone el sol y su enorme disco no hace más que acariciar el horizonte, luciendo en eterno esplendor.

Allí —pues con tu permiso, hermana mía, quiero dar algún crédito a las palabras de quienes me han precedido— el hielo y la nieve desaparecen. Incluso es posible que, navegando sobre el calmado océano, seamos conducidos hacia una costa que sobrepase, en hermosura y encanto, a todos los países descubiertos hasta hoy en las partes habitadas del globo. Es posible que sus recursos y sus paisajes sean incomparables. Los secretos de las estrellas deben, sin duda, hallarse explicados en estas inexploradas tierras. ¿Qué podría extrañarnos de una región en la que el sol brilla sin cesar? Quizá descubra la sorprendente fuerza que mueve la aguja de la brújula. Quizá pueda probar un millar de observaciones celestes que sólo esperaban esta aventura para aclarar, por fin, los aparentes caprichos de los astros. Satisfaré mi ardiente curiosidad hollando una parte del mundo que jamás ha sido explorada, y probablemente caminaré sobre una tierra en la que nunca se ha posado la planta humana. Es eso lo que me atrae y bastaría, por sí solo, para impulsarme a vencer el miedo al peligro y a la muerte, acuciándome a emprender este difícil viaje con la alegría del niño que se embarca en un bote, junto a sus camaradas, para explorar las riberas cercanas. Y aun en el caso de que todas esas conjeturas fueran erróneas, no puedes negar el beneficio inestimable que procuraré a la humanidad descubriendo, en las cercanías del polo, una ruta por mar hacia esos países a los que tantos meses tardamos en llegar, o desvelando el secreto de la fuerza magnética que sólo puede ser descubierto —si es que existe algún modo de hacerlo— gracias a una aventura como la mía.

Estos pensamientos han disipado la agitación que sentía al comenzar mi carta y mi corazón está lleno de un entusiasmo que me transporta, ya que nada ayuda tanto a apaciguar el espíritu como un objetivo claro, una meta sobre la que fijar

los ojos del alma. Este viaje cumple un sueño que he acariciado desde mi más tierna infancia. He leído con apasionada fruición el relato de diversos viajes cuyo objetivo era llegar al norte del océano Pacífico atravesando los mares que circundan el polo. Debes recordar que la biblioteca de tío Thomas estaba formada tan sólo por volúmenes que narraban viajes y exploraciones. Mi educación dejó bastante que desear, pero, pese a todo, me apasionaba la lectura. Día y noche estudié esos volúmenes y, conforme los iba conociendo, aumentaba la tristeza que sentí en mi infancia cuando me dijeron que papá, cercana ya su muerte, había prohibido a mi tío el autorizarme a seguir la carrera de marino.

Esta amargura desapareció cuando por vez primera trabé conocimiento con la obra de los poetas cuyos versos llenaron mi alma y la elevaron casi hasta las regiones celestes. Me convertí en poeta y durante un año viví en el edén que yo mismo había creado. Imaginaba que también a mí me sería dado conseguir un lugar en el templo donde se veneran los nombres de Homero y Shakespeare. Tú conoces mi fracaso y sabes lo doloroso que fue para mí aquel desengaño. Pero precisamente en aquel tiempo heredé la fortuna de mi primo y mis pensamientos volvieron a tomar el rumbo que habían seguido anteriormente.

Seis años han transcurrido desde que resolví realizar este viaje. Comencé por fortalecerme físicamente. Acompañé a los balleneros en varias de sus expediciones al mar del Norte; por mi propia voluntad he soportado el hambre y el frío, la sed y la falta de sueño; a menudo trabajaba durante la jornada con más dureza que cualquier marinero, mientras dedicaba mis noches al estudio de las matemáticas, de la medicina y de aquellas partes de la física que más necesarias podían ser a un aventurero del mar. Por dos veces me enrolé como segundo de

a bordo en un ballenero groenlandés y salí airoosamente de la prueba. Me sentí, es cierto, orgulloso cuando el capitán me suplicó insistentemente que permaneciera en su barco, ya que consideraba insustituibles mis servicios.

¿No crees, Margaret, que merezco ya emprender la gran aventura? Mi vida pudo estar rodeada de comodidades y lujos, pero he preferido la gloria a todos los placeres que la fortuna me brindaba. ¿Con qué placer escucharía una voz amistosa que respondiese con una afirmación a mi pregunta! Mi valor y mi decisión son inamovibles, pero mis esperanzas experimentan ciertos altibajos y con frecuencia me siento desalentado. Estoy dispuesto a lanzarme al largo y penoso viaje cuyas vicisitudes reclamarán todo mi coraje. No sólo tendré que reavivar el ánimo de los demás, sino también conservar mi moral cuando los otros la hayan perdido.

Es ésta la época más favorable para viajar por Rusia. Los trineos vuelan prácticamente sobre la nieve y su movimiento es, para mí, mucho más cómodo que el de las diligencias inglesas. No siento demasiado el frío siempre que te envuelvas en pieles, abrigo que ya he adoptado, pues existe una notoria diferencia entre pasear por el puente de un navío y permanecer sentado, inmóvil durante horas, de manera que ningún esfuerzo impida que la sangre se hiele en las venas. No deseo en absoluto perder la vida en la ruta postal que une San Petersburgo y Arkangel. Dentro de dos o tres semanas tengo previsto salir hacia esta última ciudad, fletar allí un navío, lo que me será fácil pagando al contado el seguro del armador, y contratar de inmediato, eligiéndolos entre los hombres duchos en la caza de la ballena, a aquellos marinos que me parezcan necesarios. Espero levar anclas antes del mes de junio; pero ¿cuándo estaré de regreso? Me es imposible responder a esta

pregunta, hermana mía. Si la fortuna me sonríe, pasarán muchos, muchos meses, incluso años tal vez, antes de que t  y yo podamos volver a vernos. Si fracaso, muy pronto estaremos juntos o jams nos reuniremos.

Adiós, mi admirada y querida Margaret. Quiera el cielo bendecirte y protegerme para que me sea posible, todavía, darte pruebas de mi gratitud por todo tu cariño y por tu bondad.

Tu hermano que te ama

ROBERT WALTON

Segunda carta

A la señora de Saville. Inglaterra.

Arkangel, 26 de marzo de 17...

¡Qué despacio pasan aquí los días mientras estoy rodeado de hielo y nieve! No obstante, he avanzado ya un poco hacia el cumplimiento de mis deseos. He logrado fletar un barco y, ahora, me dedico a reunir la tripulación. Los marineros a quienes he contratado parecen hombres de toda confianza y poseen sin ninguna duda un valor a toda prueba.

Tan sólo no he podido satisfacer todavía uno de mis deseos y esta falla es, para mí, muy lamentable. Necesito un camarada, Margaret; cuando el éxito me llene de alegría nadie la compartirá conmigo y nadie me animará, tampoco, cuando me embargue el desaliento. Sí es cierto, podré confiar mis sentimientos al papel, pero éste es muy pobre confidente para comunicarle lo que experimentamos. Necesito la amistad de un hombre por el que me sienta atraído; un hombre cuya mirada pueda corresponder a la mía. Pensarás, sin duda, que soy un romántico, querida hermana, pero me afecta sinceramente esta ausencia. No tengo conmigo a nadie que sea a un tiempo amable y valeroso, comprensivo y culto; a nadie cuyos gustos se

parezcan a los míos y que pueda aprobar mis proyectos o ayudarme a modificarlos. ¿Pero cómo un hombre semejante, aun creyendo en su existencia, sería capaz de reparar los errores de tu pobre hermano? Soy impulsivo en exceso cuando se trata de la realización de mis planes y me domina la impaciencia cuando aparece algún problema; sin embargo, lo que más me ha perjudicado es la educación que me he dado a mí mismo. Durante los catorce primeros años de mi vida no hice otra cosa que correr por los campos comunales y mis lecturas se limitaron a los libros de viajes de tío Thomas. Luego conocí las obras de nuestros más famosos poetas y tan sólo cuando era ya demasiado tarde experimenté la necesidad de aprender lenguas extranjeras. Ahora tengo veintiocho años y soy menos culto que un muchacho de quince. Ciertamente reflexiono con más profundidad y mis sueños son más ambiciosos, pero les falta el equilibrio, como diría un pintor. Sí, me es imprescindible un amigo lo bastante comprensivo como para no burlarse de mi romanticismo y que pueda, con su afecto, mitigar mis impulsivos sentimientos.

En fin, nada conseguiré lamentándome. No será en la soledad del inmenso océano donde halle a un compañero, ni tampoco aquí, en Arkangel, entre mercaderes y marinos. Con todo, estos hombres sencillos poseen, aunque en estado muy rudimentario, los sentimientos más nobles de la naturaleza humana. Mi segundo, por ejemplo, está lleno de coraje e iniciativa, todo lo subordina al deseo de gloria o, para ser más precisos, de ascenso en su profesión. Es inglés —esto halaga el amor que siento por mi patria— y pese a su ruda condición conserva intactas preciosas cualidades humanas. Le conocí aquí, a bordo de un ballenero, y en cuanto me dijeron que no tenía trabajo le contraté para que me ayude a llevar a cabo mi empresa.

Es un muchacho de excelente carácter, célebre por la habilidad y templanza con que se hace obedecer. Precisamente por esta causa, y también por su valor y honestidad, he querido contar con sus servicios. Mi juventud solitaria, los años mejores de mi existencia pasados bajo tu influencia dulce y femenina, han modelado mi espíritu hasta el punto de que no me es posible vencer la repugnancia que me causa la brutalidad reinante, por lo general, a bordo de los barcos. Nunca la he creído necesaria y, en cuanto me informaron de que existía un patrón estimado por su buen talante y por el respeto y la obediencia que sabía despertar en sus marineros, me consideré afortunado por estar en condiciones de contratarle.

Me habló por primera vez de él, de forma casi novelesca, una dama rusa que le debe su actual felicidad. Ésta es, poco más o menos, su historia:

Este hombre amaba, hace algún tiempo, a una muchacha de humilde condición y, como él había conseguido ya una fortuna considerable merced a su maestría en la profesión, el padre de la joven autorizó el matrimonio. Pero cuando el pretendiente expresó a la joven sus sentimientos, ésta prorrumpió en llanto y, arrojándose a sus pies, le rogó que quisiera aborrrarle tan doloroso trance, ya que amaba a otro hombre, joven sin fortuna, razón por la que su padre se negaba a consentir en su unión.

El generoso marino consoló a la apenada dama y, en cuanto supo por ella el nombre de su amado, puso término al galanteo. Él había comprado ya una granja, con la intención de pasar en ella lo que le quedara de vida, pero se la cedió a su rival, añadiendo, además, toda su fortuna para que aquél pudiera adquirir algunas reses, e incluso fue, él mismo, a solicitar del padre de su amada el consentimiento imprescindible para la celebración de las nupcias.

El anciano, sin embargo, creyendo comprometido su honor, respondió con una categórica negativa y, dolido por la irreductible actitud de aquel hombre, el marino abandonó el país volviendo únicamente cuando tuvo noticias de que la muchacha había contraído matrimonio de acuerdo con sus deseos.

«¡Qué nobleza de carácter!», pensarás con toda razón. Pero lo cierto es que este hombre está desprovisto por completo de cultura, es más silencioso que un pez y se observa en él una especie de ignorante negligencia que, al unirse a su comportamiento un tanto extraño algunas veces, desmerece el interés y la simpatía que es digno de suscitar. No creas, sobre todo, que estoy arrepentido de mi decisión tan sólo porque me lamente un poco o, incluso, porque quiera imaginar el consuelo de una tristeza que, es muy posible, jamás conoceré. Estoy tan firme y decidido como el mismo destino. Mi aventura ha sufrido algún retraso tan sólo mientras aguardo un tiempo más favorable. El invierno ha sido muy duro, pero la primavera comienza a anunciarse y todo parece indicar que será más precoz que de costumbre. Es posible, pues, que, pese a todo, llevemos anclas antes de lo previsto; pero no me arriesgaré en exceso, me conoces y sabes que puedes confiar en mi prudencia y moderación siempre que la seguridad de otros está en mis manos.

Mis proyectos están a punto de realizarse ahora y soy incapaz de explicar lo que siento. ¿Podrás comprender la impaciencia, mezcla de gozo y de temor, que me embarga mientras dispongo la partida? Me dirijo a regiones aún vírgenes, «al país de la niebla y la nieve», pero yo no cazaré albatros. No sufro, pues, por mi vida ni temas verme regresar, exhausto y miserable, como el «Ancient Mariner». Te imagino sonriendo ante esta alusión al poema de Coleridge. Quiero, a este respecto, revelarte un secreto; a menudo he atribuido a las obras de

este poeta, el más imaginativo de la literatura moderna, la causa de mi pasión por el mar y el entusiasmo que sus misterios despiertan en mí. Algo inexplicable se remueve en mi corazón. Soy, en el fondo, un hombre eminentemente práctico, un artesano acostumbrado a trabajar con dureza y perseverancia; pero existe también en mí un amor a lo maravilloso, una fe en lo insólito que se une a todos mis proyectos y me fuerza a despreciar los senderos trillados para empujarme a afrontar este océano indómito y estos países desconocidos que me dispongo a descubrir.

Volvamos, no obstante, a las cosas que me son más queridas. ¿Te veré de nuevo, después de haber cruzado la inmensidad de los mares, hasta regresar por el extremo más meridional de América o África? No me atrevo a esperar tanta fortuna, pero no puedo ni siquiera soportar el pensamiento de que fracase en mi empresa.

De momento sigue escribiéndome siempre que te sea posible, porque tus cartas pueden serme necesarias para fortalecer mi valor. Te amo con todo mi corazón. Recuérdame con afecto en caso de que nunca vuelvas a recibir noticias mías.

Tu hermano que te quiere

ROBERT WALTON

Tercera carta

A la señora de Saville. Inglaterra.

7 de julio de 17...

Querida hermana:

Te escribo a vuela pluma estas escasas líneas para comunicarte que todo marcha bien y que mi aventura está ya en buen camino. Mi carta llegará a Inglaterra gracias a un marino que regresa desde Arkangel; envidio su suerte, ya que pueden transcurrir muchos años antes de que contemple de nuevo mi país natal. Pese a ello me siento de inmejorable humor; mis hombres están llenos de fuerza y, según parece, dispuestos a seguir adelante. No se atemorizan ante los bloques de hielo que desfilan sin cesar a uno y otro lado del buque, presagiando los riesgos que deberemos correr en la región hacia la que navegamos; estamos ya a una elevada latitud, pero como nos hallamos en pleno verano, y pese a que la estación no es tan calurosa aquí como en Inglaterra, los vientos del sur que nos empujan con rapidez hacia las riberas que con tanta ansiedad deseo alcanzar nos traen una templanza tonificante que jamás hubiera podido prever.

Hasta hoy no se ha producido ningún incidente que merezca ser contado; un par de fuertes tormentas y el hallazgo de

una brecha en el casco del navío son cosas que no inquietan a un navegante experimentado tanto como para que resulten dignas de mención. Podría sentirme satisfecho si, a lo largo del viaje, no sufriéramos más graves percances.

Adiós, querida Margaret. Ten el convencimiento de que, tanto por tu bien como por el mío, no afrontaré innecesariamente el peligro. Seré perseverante, prudente y sereno.

Estoy seguro de que el éxito vendrá a coronar mis esfuerzos. ¿Por qué no ha de ser así? Hasta ahora he ido trazando con seguridad mi ruta a través del océano y son sólo las estrellas testigos de mis triunfos. No existe motivo alguno para retroceder ante esas olas indómitas, pero, sin embargo, sumisas. Nada puede detener un corazón audaz y una voluntad decidida.

He dejado, sin proponérmelo, que mi espíritu se expansionase, y es preciso terminar. Que el cielo te bendiga, querida hermana.

ROBERT WALTON

Cuarta carta

A la señora de Saville. Inglaterra.

5 de agosto de 17...

Ha ocurrido algo tan extraordinario que no puedo dejar de comunicártelo, aunque es muy posible que podamos vernos antes de que estos papeles lleguen a tus manos.

El pasado lunes (31 de julio) nos hallábamos casi enteramente rodeados por el hielo que se estrechaba a nuestra alrededor, dejando apenas lugar para que nuestro barco continuara a flote. La situación era cada vez más peligrosa, puesto que nos envolvía una espesa niebla. En consecuencia, nos vimos obligados a permanecer al paio aguardando un cambio favorable en las condiciones atmosféricas.

Poco más o menos a las dos del mediodía, la bruma comenzó a disiparse y pudimos contemplar, extendiéndose hasta el infinito, una helada llanura de quebrada superficie. Algunos de mis hombres empezaron a lamentarse e incluso yo mismo fui presa de inquietud cuando, de improviso, un insólito espectáculo nos llamó la atención distrayendo nuestros pensamientos de la desagradable situación a la que nos veíamos abocados.

Observamos, a media milla de distancia, un trineo tirado por perros que corría en dirección norte; en el vehículo, sujetando las bridas, viajaba una figura de forma humana, pero de gigantescas proporciones. Con nuestros catalejos pudimos seguir durante largo rato su rápido desplazamiento, hasta que se ocultó en la lejanía, tras los montículos de hielo.

Esta visión nos llenó de un asombro sin límites. Según nuestros cálculos habíamos viajado cientos de millas y nos encontrábamos muy lejos de cualquier tierra conocida; sin embargo, la aparición del trineo parecía demostrar que no nos habíamos alejado tanto como en principio creímos. Por otra parte, prisioneros de los hielos, no pudimos seguir tras las huellas de aquel hombre.

Dos horas más tarde, sentimos agitarse el agua bajo nuestra quilla y, antes de anochecer, los hielos se quebraron liberando el navío. Pese a ello permanecimos en el mismo lugar, ya que no queríamos arriesgarnos en la oscuridad a sortear los terroríficos bloques que flotan en libertad cuando el hielo se rompe. Esto me permitió descansar algunas horas durante el resto de la noche.

A la mañana siguiente, tan pronto comenzó a amanecer, subí al puente donde encontré a mis marineros asomados a una de las bordas y hablando, según me pareció, con alguien que se hallaba en el exterior. Efectivamente, un vehículo muy parecido al que habíamos visto la víspera, se había detenido junto a nuestro costado. Flotando sobre un témpano, había derivado durante toda la noche hasta llegar a nosotros. Sólo uno de sus perros seguía viviendo, y en su interior viajaba un ser humano a quien mis hombres intentaban persuadir para que subiese a bordo. Al contrario que el viajero divisado la noche anterior, no era un ser salvaje, habitante de una isla inexplorada todavía, sino un europeo. Oí gritar a mi segundo:

—¡Ahora viene el capitán! Él no le permitirá suicidarse de ese modo.

Al verme, el hombre me habló en inglés, aunque con cierto acento extranjero.

—Antes de subir a bordo de la nave —dijo—, hágame el favor de indicarme hacia dónde se dirigen.

Puedes imaginar mi sorpresa al escuchar tales palabras en labios de un hombre condenado a una muerte segura y que, lógicamente, debiera ver en mi barco algo más precioso que todos los tesoros del orbe. Le respondí, no obstante, que realizábamos un viaje de exploración hacia el polo Norte, cosa que pareció satisfacerle, pues consintió en ser izado a bordo. ¡Dios santo, Margaret! Si hubieses visto al hombre que ponía condiciones a su salvación, tu sorpresa no hubiera tenido límites. Sus miembros casi se habían helado y su cuerpo estaba horriblemente demacrado por el cansancio y las privaciones. Nunca antes había visto un ser en tan lastimoso estado.

Intentamos instalarle en el interior, pero, en cuanto le faltó el aire frío, perdió el conocimiento. Le trasladamos de nuevo al puente y quisimos reanimarle dándole fricciones con coñac, del que también le hicimos beber unos sorbos. Tan pronto como comenzó a recuperarse, le abrigamos con unas mantas y le colocamos en la cocina cerca del fogón; gracias a ello fue poco a poco volviendo en sí y tomó un poco de sopa que le hizo mucho bien.

Sólo al cabo de dos días estuvo en disposición de hablar y durante un tiempo creí que las penalidades sufridas le habían hecho enloquecer. Cuando comenzó a reponerse ordené que le llevaran a mi camarote y cuidé de él tanto como mis ocupaciones me lo permitieron. Nunca antes había conocido yo a nadie más interesante. Una luz exaltada, casi demencial, brillaba algunas veces en sus pupilas. Pero si se le hacía un favor, si

se le prestaba el más mínimo servicio, sus facciones se iluminaban con una expresión de dicha y dulzura que no he hallado en ningún otro hombre. Pese a ello, la mayor parte del tiempo estaba triste e incluso desesperado; de vez en cuando apretaba los dientes como si no le fuera posible soportar por más tiempo el peso de los infortunios que le oprimían.

A medida que su salud iba mejorando puse gran atención en mantener alejados a mis hombres, que querían hacerle algunas preguntas. No quise permitir que le atormentaran inútilmente con su curiosidad, pues estaba claro que, en el deplorable estado, tanto físico como moral, en que se hallaba, tan sólo el más completo reposo podría restablecerle y devolverle a la normalidad. Cierta tarde, pese a todo, mi lugarteniente le preguntó:

—¿Cómo ha llegado usted tan lejos viajando en tan extraño vehículo?

Su expresión mostró, inmediatamente, los rasgos de la más profunda tristeza. Respondió:

—Intentaba alcanzar a alguien que huía de mí.

Mi segundo insistió:

—¿Viajaba este hombre de la misma manera?

—Sí.

—Siendo así, me parece que le vimos, pues, la víspera del día que le encontramos, divisamos sobre el hielo a un hombre que viajaba en un trineo tirado por perros.

Esto interesó a nuestro huésped que comenzó a formular numerosas preguntas encaminadas, principalmente, a saber la dirección seguida por aquel «diablo».

Cuando estuve a solas con él, murmuró:

—Sin duda he debido despertar su curiosidad y la de sus bravos muchachos, y creo que es usted demasiado discreto como para interrogarme al respecto.

—Ciertamente —respondí— daría muestras de una inhumana impertinencia atormentándole con una curiosidad que está fuera de lugar.

—Y, sin embargo —prosiguió—, me ha librado usted de una extraña y delicada situación; me ha salvado generosamente la vida.

Algo más tarde quiso saber si creía que el hielo, al romperse, habría hecho desaparecer el otro trineo; le respondí que no era posible afirmarlo con certeza, puesto que el hielo se había roto hacia la medianoche y, por lo tanto, el hombre había tenido tiempo suficiente para llegar a un lugar seguro. No era posible asegurar nada al respecto.

A partir de entonces una mayor vivacidad animó su cuerpo exhausto. Mostraba grandes deseos de hallarse de nuevo en el puente para poder acechar en persona la posible aparición del trineo que divisamos en primer lugar. Pude convencerle, pese a todo, de que permaneciera en su camarote, pues seguía aún demasiado débil como para soportar sin peligro el empuje del viento. Pero tuve que prometerle constante vigilancia y que, si algo aparecía sobre el hielo, se lo comunicaría en seguida.

He anotado, así, en mi diario, los insólitos sucesos de estos últimos días. Mi buésped va mejorando lentamente, pero permanece muy silencioso y da muestras de enojo cuando alguien que no soy yo penetra en su camarote. Pese a ello, sus modales son tan agradables y dulces que toda la tripulación se preocupa por él, aunque no se muestra muy locuaz con nadie. En lo que a mí respecta, comienzo a quererle como a un hermano, como a un ser muy cercano a mi corazón, y su perenne e inmensa pesadumbre despierta mi simpatía y mi piedad. En estado normal debe de ser un hombre muy notable para mostrarse, en su actual decaimiento, tan amable y atractivo.

Te decía en una de mis cartas, querida Margaret, que no hallaría ningún compañero en las soledades oceánicas. Sin embargo, he encontrado un amigo al que me haría feliz considerar un hermano, antes de que el dolor aniquile su vitalidad.

Seguiré hablando de ese extraño huésped en mi diario cuando ocurra algún suceso digno de mención que esté relacionado con él.